Conocieron no obstante muy luego que solo la vista podria emplearse. Volvió á entrar cada gendarme en su cuarto á oscuras y sin proferir palabra; distinguiéndose solo dos ventanas iluminadas entre las muchísimas que contaba el edificio.

Eran cabalmente las que caian en frente de la que ocupaban Morgan y Valensolle, y como estaban en el primer piso, dominaban perfectamente todo el interior. Eran estas ventanas las del cuarto del capitan.

Fuese por descuido de este bravo militar, ó debido á la penuria del Estado, no habia en dichas ventanas cortina alguna; de suerte que con la luz que despedian dos bujías, encendidas sin duda por el capitan para obsequiar á su huésped, podian Morgan y Valensolle observar todo lo que pasaba dentro del cuarto. De repente cogió Morgan el brazo de Valensolle, apretándolo con fuerza.

—Diantre! exclamó Valensolle, qué hay de nuevo?

Acababa Roland de dejar su tricornio sobre una silla, y Morgan le habia conocido.

—Roland de Montrevel, dijo, Roland con uniforme de oficial de gendarmería; afortunadamente tenemos nosotros su pista, mientras busca inútilmente la muestra. Conviene no perderla.—Qué vas á hacer? preguntó Valensolle, viendo que su amigo se disponia á dejarle.—Voy á avisar á nuestros compañeros; quédate tú y no le pierdas de vista; ahora deja el sable y las pistolas, de manera que pasará seguramente la



noche en el cuarto del capitan: bien guardado está de tomar mañana cualquier camino que sea, sin que alguno de nosotros vaya siguiéndole los pasos.

Y deslizándose Morgan por el monton de heno, desapareció á los ojos de su compañero, que acurrucado é inmóvil, no perdia de vista á Roland de Montrevel.

Un cuarto de hora despues estaba de regreso Morgan, viéndose en las ventanas del oficial de gendarmería la misma oscuridad que en todas las demás del cuartel.

—Qué tal? preguntó Morgan.—Nada! contestó Valensolle, lo mas prosáico del mundo; despues de desnudarse, han apagado las luces y se han acostado, el capitan en su cama y Roland sobre un colchon; de manera que á estas horas estarán ambos roncando á mas y mejor.—Pues entonces, repuso Morgan, buenas noches para ellos y para nosotros.

Diez minutos despues dormian los dos jóvenes como si no hubiesen tenido tan próximo el peligro.

## III.

### Casa de postas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El mismo dia, cerca de las seis de la mañana, es decir, durante una de las nebulosas y frias mañanas de los últimos dias de febrero, salia de Bourg por la carretera de Macon ó de San Julian un jinete precedido de un postillon, encargado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de volverse el caballo que montaba, al cambiarlo en la próxima parada.

Decimos por la carretera de Macon, ó de San Julian, porque á una legua de Bourg se encuentra una encrucijada que presenta al viajero dos diferentes caminos, el primero de los cuales conduce directamente á San Julian, y el segundo, doblando á la izquierda, á Macon.

Llegado á dicha encrucijada, iba el jinete á tomar el camino de Macon, cuando una voz, salida al parecer de un carro que se veia volcado en medio del camino, vino á implorar su misericordia. Mandó el jinete al postillon examinase lo que habia ocurrido.

Encontraron en efecto á un pobre labrador cogido bajo un carro de hortaliza. Habia sin duda intentado detenerlo en el momento que, cayendo la rueda en la zanja, habia perdido el equilibrio, viniéndole encima con tan buena fortuna, que, segun él, creia nada le habria lastimado, pidiendo únicamente le ayudasen á sacar el carro del atolladero, puesto que él confiaba poder levantarse por sí mismo.

Era el jinete muy amigo de socorrer á sus semejantes, pues no solo permitió que el postillon se detuviese para ayudar al pobre labrador á salir de aquel mal paso, sino que, echando él mismo pié á tierra, cooperó á aquella buena obra, con una fuerza que no era de esperar en un hombre de su mediana estatura, consiguiendo por fin poner el carro otra vez en medio de la carretera.



Disponíase luego á auxiliar al conductor, á quien encontró sano y salvo, como antes habia dicho, y que si bien no se hallaba en disposicion de mantenerse firme sobre sus piés, otra muy distinta seria la causa. Deshízose el carretero en cumplimientos y demostraciones de gratitud, volviendo á tomar por la brida á su caballo, al que no sabia sin embargo guiar tan directamente como habria sido menester.

Montaron otra vez jinete y postillon, y poniendo al galope sus caballos, desaparecieron bien pronto en la revuelta que forma la carretera, cinco minutos antes de llegar al bosque de Monnet. Pero apenas hubieron desaparecido, observóse una notable mudanza en las maneras del fingido carretero; pues deteniendo su caballo y llevándose á la boca una trompetilla, tocó por tres veces consecutivas. Salió del bosque contiguo á la carretera una especie de palafrenero, llevando del diestro un brioso caballo.

Despojóse rápidamente el carretero de su blusa y tosco pantalon, y subiendo al carro, sacó de él un envoltorio que contenia un traje de caza verde, galoneado de oro. Despues de cambiar su gorro con el sombrero que le presentó el criado, proporcionado á su elegante traje, se calzó las espuelas; y saltando sobre su caballo con la ligereza y maestría de un consumado jinete:

—A las siete de esta tarde, dijo al criado, encontrarás á Morgan entre San Justo y Ceyzeriat y le dirás que aquel que *él sabe* se dirige á Macon, pero que yo estaré allí antes que él.

Para cumplir sin duda lo que acababa de prometer, abandonando al cuidado de su criado el carro cargado de hortaliza, dirigióse el jinete, que no era otro que nuestro antiguo conocido Montbar, hácia el bosque de Monnet, poniendo á escape su caballo.

No era este un mal troton de posta como el que montaba Roland, sino al contrario un excelente caballo de carrera; de suerte que entre el bosque de Monnet y Polliat, Montbar adelantó á los dos jinetes.

Salvo un corto descanso en Saint-Cyr-sur-Menthon, corrió el caballo en menos de tres horas las nueve ó diez leguas que separan á Bourg de Macon. Al llegar á este último punto, apeóse Montbar en la casa de postas, única posada á la sazon para los viajeros de cierta clase. Por el modo como fué recibido por el posadero, echábase de ver que era uno de los antiguos parroquianos de la posada.

— Ah! sois vos, M. de Jayat, exclamó al verle el posadero; ayer precisamente estábamos hablando de vos: hace mas de un mes que no os habíamos visto.—Tanto tiempo hay, amigo? contestó el jóven; he estado con mis amigos Treffort, Hautecour; les habreis oido nombrar, no es verdad?—Oh! y les conozco tambien.—Hemos estado de caza; pero no se almuerza hoy en vuestra casa?—Por qué?—Porque traigo un regular apetito; á ver, servidme un pollo, una botella de vino de Burdeos, dos chuletas, algunas frutas y cualquier otra friolera.—Al instante: quereis que os sirvan en vuestro



cuarto, ó en el comedor?—En el comedor, es mas alegre; pero ponedme mesa aparte. Ah! no olvideis mi caballo, es un excelente animal que quiero mas que á ciertos cristianos.

Mientras el posadero fué á dar sus órdenes, calentóse un instante Montbar en la chimenea.

— Continuais teniendo la posta? preguntóle al entrar de nuevo.—Vaya!—De manera que paran aquí las diligencias? — Las diligencias no, solamente las sillas-correos. — Ah! decidme: tengo que ir uno de estos dias á Chambery; cuántos asientos van en las sillas? — Tres: dos en el interior y uno con la correspondencia. — Y os parece si encontraré alguno desocupado?—Algunas veces sucede; pero lo mas seguro es viajar en coche propio. — Y no puede pedirse anticipadamente?—No, porque ya veis, M. de Jayat, si hay viajeros que tomen asiento desde París á Lyon, naturalmente han de ser preferidos.—Vaya con los aristócratas! dijo riendo Montbar. A propósito de aristócratas, ahí detrás he dejado uno que viaja en posta, le he adelantado á un cuarto de legua de Polliat y por cierto me ha parecido que monta un mal rocin. — Oh! repuso el posadero, milagro seria; casi todos los caballos de posta son lo mismo.—Ahí le teneis, contestó Montbar, creia llevarle mas ventaja.

En efecto, Roland entraba en aquel momento en el patio.

— Tomais el cuarto número uno, M. de Jayat? preguntó el posadero.—Por qué me lo preguntais?—Porque es el mejor; y si vos no lo quereis, lo daremos al viajero que acaba

de llegar, si tiene que detenerse.—Oh! me es igual; hasta la noche no sabré si he de quedarme, ó proseguir mi viaje. Si el que acaba de llegar pide cuarto, dadle el número uno; me contentaré yo con el número dos.—Cuando V. guste, dijo el criado desde la puerta del comedor.

Hizo Montbar una señal con la cabeza, dirigiéndose al comedor, al mismo tiempo que entraba Roland en la cocina. Estaba puesta la mesa, pero cambiando Montbar de sitio los platos y el cubierto, se colocó de manera que diese la espalda á la puerta.

Era inútil aquella precaucion, pues Roland no entró siquiera en el comedor, pudiendo por lo tanto concluir su almuerzo sin ser molestado. Únicamente fué el mismo posadero quien le sirvió el café.

Conoció Montbar que era debida esta deferencia al deseo de conversar un rato, lo cual no le disgustaba por cierto, deseoso como estaba de hacer sus averiguaciones.

—Qué tal? preguntó Montbar, se ha detenido nuestro hombre? Se ha contentado con cambiar de caballo?—No, no, no, contestó el posadero; lo habeis adivinado, es un aristócrata; ha querido que le sirvan el almuerzo en su cuarto.—En el suyo, ó en el mio? repuso Montbar, porque apuesto que le habreis dado el famoso número uno.—Diablo! no teneis de que quejaros, Mr. de Jayat, pues me habeis dicho que podia disponer de él.—Y habeis hecho perfectamente en tomarme la palabra; me conformo con el número



dos.—Oh! pues á fe que tal vez os pese; solo un pequeño tabique lo separa del número uno, y por consiguiente se oye todo lo que se habla de un cuarto al otro.—Os figurais acaso que he venido á la posada para hacer algo que no pueda saberse, ó cantar coplas sediciosas, que temeis sea oido lo que haga ó diga?—No es esto.—Pues qué?—No temo que vos molesteis á los otros; sino al contrario, que los otros os molesten á vos.—Es pues algun baladron el nuevo viajero?—No, me parece militar.—Y en qué os lo parece?—En primer lugar, por su facha; y además porque me ha preguntado cuál era el regimiento que estaba de guarnicion en Macon, y habiéndole yo dicho que es el séptimo de cazadores: « Ah! bueno, me ha contestado, ya conozco al jefe de brigada, es uno de mis amigos: podria el mozo llevarle una carta y proponerle que venga á almorzar conmigo? »—Ah! ah!—Ya veis pues cuánto ruido van á meter dos oficiales jóvenes! y lo peor es que no solo querrán almorzar, sinò que son capaces de comer y cenar aquí.—Ya os he dicho que no creo tener el gusto de pasar la noche en vuestra casa; estoy aguardando de un momento á otro cartas de París para determinar lo que deba hacer; entretanto poned luces y fuego en el cuarto número dos, procurando hacer el menor ruido posible para no incomodar á mi vecino, y hacedme subir luego tintero, pluma y papel, pues tengo que escribir.

Fueron con toda puntualidad cumplidas las órdenes de

Montbar, subiendo él detrás del criado para procurar que no se incomodara Roland con su vecindad.

Era en efecto el cuarto tal como habia dicho el posadero, pues era imposible hacer en uno el mas ligero ruido, ó pronunciar una sola palabra, sin que fuese distintamente oido en el otro. Por esto oyó perfectamente Montbar cuando el mozo anunció á Roland la llegada del jefe de brigada de Macon, no menos que las alegres exclamaciones de los dos amigos al entrar este en el cuarto.

Por su parte Roland, si bien percibió el ruido que se hizo en el cuarto vecino, olvidólo tan pronto como hubo cesado, sin temor de que se reprodujese.

Una vez solo Montbar, sentóse frente á la mesa en que se habia puesto el recado de escribir, permaneciendo inmóvil. Habíanse conocido los dos oficiales en Italia, habiendo servido Roland á las órdenes del jefe de brigada, siendo este capitan y teniente aquel.

En la actualidad era igual la graduacion de los dos, y como iba á mayor abundamiento revestido Roland de una doble comision encargada por el primer cónsul y el prefecto de policía, dábale esta circunstancia cierta superioridad para con los oficiales de su misma graduacion, y aun, por lo tocante al desempeño de su cometido, para con los oficiales superiores.

No se habia equivocado Morgan al presumir que el hermano de Amelia habia tomado á su cargo la persecucion de



los compañeros de Jehú. Aun cuando no lo probase ya suficientemente su visita nocturna á la Cartuja de Seillon, lo habria demostrado hasta la última evidencia la conversacion del jóven oficial con su compañero de armas, si hubiese podido llegar á sus oidos.

De ella resultaba que el primer cónsul remitia en efecto en calidad de donativo á los monjes del Monte de San Bernardo cincuenta mil francos que debia conducir realmente la posta; pero que esta cantidad era tan solo un lazo tendido á los que acostumbraban detener las diligencias, sino se lograba sorprenderles antes en la misma Cartuja de Seillon, ó en cualquier otro de sus escondrijos.

Lo que faltaba ahora era combinar el plan para llevar á cabo dicha sorpresa, y esto es lo que discutieron detenidamente los dos oficiales durante el almuerzo.

Al levantarse de la mesa, estaban acordes y el plan perfectamente convenido. Aquella misma noche recibió Morgan una carta concebida en estos términos:

«Como nos habia dicho Adler, el viernes próximo, á las cinco de la tarde, saldrá de París una silla de posta conduciendo cincuenta mil francos para los monjes del Monte de San Bernardo.

«Ocuparán los tres asientos, el del cupé y los dos del interior, tres viajeros que los tomarán el primero en Sens, y los otros dos en Tonnerre.

«Estos viajeros serán, el del cupé, uno de los bravos